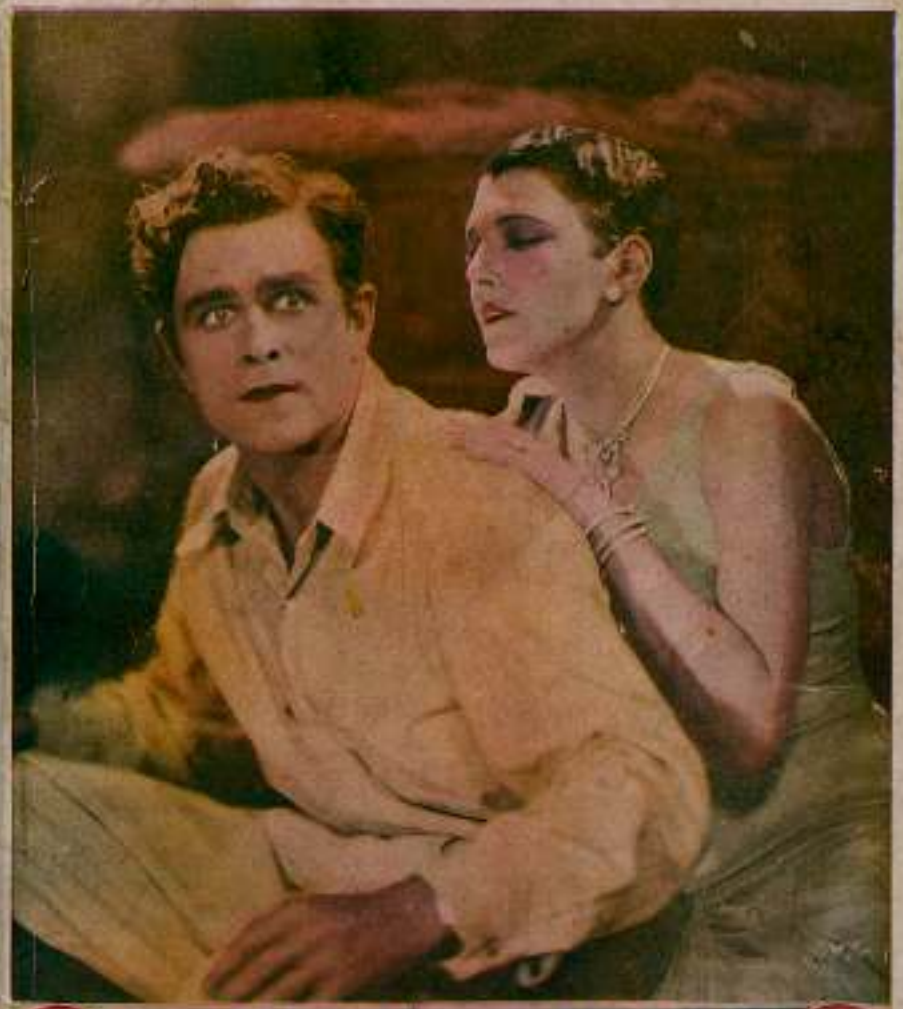
LA VIDA PARA EL AMOR

por LEATRICE JOY
y EDMUND BURNS



26

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60 cts.

LA VIDA PARA EL AMOR

BIBLIOTECA PERLA

MADE FOR LOVE 1926

LA VIDA PARA EL AMOR

SUPERPRODUCCIÓN CINEMATOGRÁFICA PERTENECIENTE A LAS SELECCIONES PRO-DIS-CO, INTERPRETADA POR LOS ARTISTAS

LEATRICE JOY y EDMUND BURNS

ADAPTACIÓN LITERARIA DE

AGUSTÍN PIRACÉS

EXCLUSIVA

PRODUCERS DISTRIBUTING CORPORATION

Distribuidores para España

JULIO-CÉSAR, S. A.

BILBAO - BARCELONA - MADRID - VALENCIA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204 - BARCELONA

:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 112
:: TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

LA VIDA PARA EL AMOR

I

La augusta soledad del Valle de las Tumbas, cuyo majestuoso silencio turbaba apenas de tiempo en tiempo el paso de una caravana de camellos que cruzaba aquellas tierras, testigos mudos del pasado enigmático y glorioso de los Faraones, veía ahora turbado su reposo sereno por un equipo de obreros indígenas que habían plantado ante los hipogeos semiprehistóricos sus tiendas de campaña y herían a golpes de pico las piedras sagradas bajo las que se cobijaban los restos de los reyes egipcios, como último vestigio de aquella civilización milenaria.

Dirigía las exploraciones un estudioso egiptólogo norteamericano, poseedor de cuantiosa fortuna, miembro de infinidad de sociedades científicas de los Estados Unidos, llamado Nicolás Ainsworth, y

cuyos trabajos sobre los Faraones habían llamado con justicia la atención de los sabios. Su joven esposa, Juana, una bellísima muchacha hija de acaudalada familia, le acompañaba, y constituía un curioso espectáculo la presencia del novel matrimonio, que renunciando a las pompas y comodidades de la vida de sociedad, iba a enterrar su vida en aquel rincón del viejo Egipto, desafiando los peligros de tamaña empresa y soportando sin protesta, antes bien con ostensible satisfacción, las inevitables privaciones a que les sujetaba su presencia en semejantes lugares, más propios de ancianos de luengas barbas que de hombres jóvenes, para los cuales la vida cómoda y regalada ofrecía la más tentadora de las perspectivas.

Las exploraciones dirigidas por Ainsworth costaban una fortuna, pues se hacían sin reparar en gastos ni sacrificios, y en aquel pequeño mundo que se abrigaba bajo las frágiles tiendas de campaña, no faltaba ninguno de los más insignificantes detalles de la vida moderna, ni podía echarse de menos ningún refinamiento. Ropas en abundancia, desde los trajes de excursión hasta el severo frac y el frívolo smocking, instrumentos de música, aparatos de radio, libros en abundancia, y, sobre todo, una despensa que hubiese envidiado el mejor hotel de Niza o de Trouville. Exquisitas aves en conserva, magníficos embutidos, pescado fresco cogido en las azules riberas del alegre Nilo, vinos de las mejores marcas, tabacos

habanos, vinos de las más renombradas bodegas... El botiquín era completísimo, y cualquiera que, por desgracia, hubiese caído enfermo o sufrido cualquier accidente hubiese hallado la más completa y perfecta asistencia, y la estación de telegrafía sin hilos aseguraba la comunicación constante con El Cairo... Era como un pedazo de tierra moderna y civilizada, trasplantado por el carricoche de un Creso del siglo XX, en medio del país enigmático y profundamente atractivo de los antiguos reyes de la décimacuarta dinastía.

Sin embargo, por un espíritu de superstición muy explicable en un país en donde todavía gravita, con su fuerza incontrastable y poderosa, la sombra del pasado lejano, entre los trabajadores egipcios reinaba un enigmático malestar. Obedecían maquinalmente, incapaces de resistir a la voz imperativa y autoritaria de Nicolás Ainsworth, mas, en el fondo, un innato espíritu de rebeldía les hacía sentir una inexplicable aversión hacia aquel hombre que no les regateaba ni un vaso de vino, ni un pedazo de carne, ni una hora de descanso, ni una propina de cien piastras, y, en cuanto quedaban solos, sus conversaciones versaban siempre sobre el mismo tema:

— Pero ¿de verdad piensa ese americano llegar hasta el Panteón de la Princesa Herath?

— Así lo afirma. Dice que no ha de cejar en su empeño de encontrarla, y que, por escondido que esté, ha de dar con él.

— ¿Y piensa penetrar en persona dentro de la tumba?

— Indudablemente.

— Y se apoderará de cuantas reliquias halle, y se las llevará a América, y una vez más la santa soledad de nuestros antepasados habrá sido violada por los extranjeros... ¡Ah, Nicolás Ainsworth! ¡Que el Señor desgarre pronto el velo que cubre tus ojos y te haga desistir de tu temerario propósito, porque, de otro modo, incurrirás en la maldición de los Faraones y tu muerte no se hará esperar!

No desconocía Nicolás Ainsworth el ambiente en que se desarrollaban sus trabajos. Pero, hombre optimista y despreocupado, enamorado ferviente de la ciencia egiptóloga, proseguía sin desmayo su labor, dispuesto a quedarse allí todo el tiempo que fuera necesario para llevar a cabo la misión que se había propuesto.

En su intrincada labor, Ainsworth había encontrado un precioso auxiliar femenino: una secretaria inglesa, huesuda y miope, que llevaba con imponderable cuidado todo el archivo de los trabajos realizados, de los descubrimientos hechos y de las reliquias recogidas. Todo ello se realizaba con un orden, una precisión y una meticulosidad que hubiese envidiado el Banco o la casa comercial neoyorquina mejor organizada. Y, por las noches, sobre el valle milenario, como una evocación de la civilización que le invadía, desgarrando sus entrañas, resonaba mo-

Son mis tres Romeos... — exclamaba Juana con aire despreocupado

nótono y percutiente el tipitiqueo de la máquina de escribir de viaje que no dejaba nunca y de la que salían los montones de cuartillas a raudales.

Y mientras Nicolás, cada vez más entregado a sus estudios, proseguía en la investigación iniciada en el Valle de las Tumbas, crecía la agitación entre los indígenas, cada vez más indignados por el atrevimiento del yanqui.

— Que vaya con cuidado... — afirmaban. — Los Faraones son sagrados, y quienes osan turbar su sagrado reposo, pagan con la vida tal osadía...

II

Sin que Ainsworth se diera cuenta, otro peligro erguíase, amenazador, contra su tranquilidad y su ventura, bajo la tienda de campaña en donde tenía instalado su gabinete de trabajo.

Aquel peligro era su mujer.

Al principio, por la natural curiosidad que evocan las exploraciones del antiguo Egipto en todo cerebro humano, la joven había seguido con interés a su marido en su cruzada; mas ahora, al verle embebido en el estudio, absorbido por sus descubrimientos, y cada vez más desinteresado de ella, sentía Juana el alejamiento de Nicolás y su carácter, antes expansivo y alegre, hacíase de día en día más reservado y huraño.

Frecuentemente, pretextando que el clima de aquel valle no le probaba, pero en realidad buscando

distracción a su aburrimiento, la joven se ausentaba del campamento de su marido y en el lujoso «Rolls-Royce» que poseían se trasladaba a la ciudad cercana, permaneciendo a veces varios días en el lujoso hotel enclavado en el barrio más céntrico. En algunas ocasiones Nicolás, que empezaba a darse cuenta de la distanciación que se iba realizando entre él y su mujer, acudía a buscarla, pasaban juntos un día o dos, y luego regresaban nuevamente al Valle de las Tumbas, pero eran más las veces en que Juana realizaba sola el viaje de ida y el de vuelta.

La extraordinaria belleza de Juana, su innata, aunque un poco ingenua coquetería, el hecho de vivir casi siempre sola en el hotel, y, sobre todo, los rumores que corrían sobre el pretendido alejamiento de su esposo, habían atraído sobre ella un enjambre de admiradores, entre los que descollaban un inglés, un norteamericano y un francés, que andaban, como vulgarmente se dice, bebiendo los vientos por ella, y la asediaban con sus galanteos, sus obsequios, y, algunas veces, sus impertinencias.

Juana, mujer de severos principios, a pesar de su aspecto frívolo y despreocupado, aceptaba algunas veces los coloquios de sus pretendientes, sin rebasar nunca la línea que marca el peligroso límite entre lo tolerable y lo prohibido. Tal vez aquella conducta era algo equívoca, y, desde luego, impropia de una mujer casada que, en el fondo, adora a su marido, pero, ¿qué rigorismo puede exigir un ma-

rido recién desposado a su mujercita, si la tiene olvidada y abandona sus caricias para entregarse a la ciencia de las excavaciones faraónicas?

— Son mis tres Romeos — exclamaba cuando alguien hacía alusión a los enamorados pretendientes de sus adorables encantos. — ¡Qué lástima que yo no me llame Julieta!

Y en verdad que su despreocupación la hacía más atractiva, más deseable, más irresistiblemente encantadora. Jugaba con fuego, y no se daba cuenta que aquella distracción, que ella creía inocente, podía en un momento dado transformar una chispa inofensiva en devastador incendio...

Tal vez si alguien hubiese advertido a Nicolás de la peligrosa senda que seguía su mujer, se hubiese dado cuenta de lo difícil de su situación, y, rectificando, hubiese terminado de una vez con todo aquello, que hablaba muy poco en favor de su honor y buena reputación de marido. Pero, ¿quién, en aquel olvidado rincón de Egipto, estaba en contacto con él para sacarle de su error y hacerle ver las cosas tal como eran en realidad? Todavía más : en algunos momentos en que Ainsworth tenía una ligera intuición, un secreto presentimiento, de que *tal vez* tenía a su mujer olvidada, bastaba el más pequeño incidente en el campamento, relacionado con sus estudios, para que ya no se acordara más de lo que había pensado un momento. En muchas ocasiones, sintiendo la nostalgia de no tener al lado a Juana,

hubiera volado a la ciudad a recogerla, pero cuando estaba ya decidido a hacerlo, penetraba en su tienda de campaña un obrero con una reliquia acabada de descubrir, o la mecanógrafa de las gafas de concha acudía presurosa para decirle :

— Señor Ainsworth : ¡acaban de desenterrar un magnífico carro faraónico! ¡Es una cosa maravillosa! ¡Venga en seguida!

Y en busca del hallazgo corría Nicolás, extasiándose en la contemplación de la prehistórica obra de arte, sin acordarse que, a pocas millas, una mujer joven y hermosa, a la que estaba ligado por lazos indisolubles, se consumía de enojo y, cual inexperta mariposa que revolotea en torno de la deslumbrante claridad de la vida cosmopolita y frívola, estaba tal vez a punto de quemarse sus frágiles alas y estrellarse en el cieno del pecado...

III

Fueron pasando los días, y la muralla de frialdad e indiferencia que separaba a ambos esposos fué haciéndose más alta, más espesa, más inexpugnable... Cuando Juana permanecía en el campamento, apenas dirigía la palabra a su marido. Bien es verdad que éste hacía otro tanto. Y así, aquellas dos almas, divorciadas por tan fútil causa, iban tal vez a consumar lo irreparable... Sobre la cálida arena del desierto donde estaban plantadas las tiendas de campaña, latía la tragedia.

Los tres Romeos, como les llamaba Juana al americano, al inglés y al francés, que, dentro de la más correcta *entente cordiale* se disputaban la posesión del corazón de la mujer de Ainsworth, redoblaban sus esfuerzos, dando lugar a las escenas más cómicas.

A ellos se había unido, desde hacía una semana, un tenebroso personaje indígena, cuyos designios

Nicolás extasiábase ante el hallazgo...

hubiese sido muy difícil adivinar. Era el príncipe Mahomed Bey, que residía en el mismo hotel donde Juana acudía a buscar distracción a su aburrimiento de mujer abandonada, y que llevaba una vida fastuosa, que era la admiración constante de los viajeros.

Pertenecía a una de las familias de más noble estirpe y distinguido abolengo de El Cairo, y sus antepasados habían escrito multitud de páginas gloriosas en la historia de Egipto.

Frío y altanero con los europeos, a los que despreciaba como seres inferiores y degenerados por los refinamientos de la civilización, Mahomed Bey era, en cambio, dulzón y meloso con las mujeres, cuyo trato apreciaban todas en gran manera. En el salón de té del hotel gozaba de una marcada preferencia entre las numerosas aventureras francesas, italianas y alemanas, que tenían establecido allí su cuartel general. Con refinada habilidad ponían en juego todos sus encantos para seducirle, y él, aun cuando ello le costara mucho dinero, se dejaba coger, aunque bien a sabiendas, en las engañadoras redes de aquellas mujeres, cuyo cerebro era todo cálculo y cuyo corazón hacía tiempo que no latía como no fuese al impulso del egoísmo, del orgullo o del interés.

Pero cuando conoció a Juana, bien pronto abandonó todo aquel harén modernizado, entre el que reinaba como gallo altivo en el gallinero. Un militar inglés, que conocía a Juana Ainsworth por haber bailado con ella alguna tarde, les presentó:

— La señora Juana Ainsworth... El príncipe Mahomed Bey...

— Mucho gusto, caballero...

— Encantado, señora...

Quedaron solos. Los tziganes habían abandonado los quejumbrosos violines y el baile había terminado... Atardecía... El momento no podía ser más propicio a las confidencias...

— Me ha sido muy agradable conocer a usted, señora — dijo el príncipe con una caballeresca sonrisa. — ¿Quién no sabe que el sabio egiptólogo Nicolás Ainsworth es el marido de una de las mujeres más hermosas que han pisado nuestra tierra, profanada largo tiempo ha por la piqueta sacrílega e irrespetuosa de...?

Se detuvo. Acababa de darse cuenta de que, involuntariamente, había dejado al descubierto el acendrado fanatismo, salvaje e irreflexivo, que le dominaba. Pero Juana, para quien la ciencia arqueológica no inspiraba ningún respeto, sino que antes bien le repugnaba, por culparla, con razón, de sus desventuras matrimoniales, no hizo caso de aquellas palabras, que el príncipe juzgara tan imprudentes apenas pronunciadas.

— Muchas gracias, caballero... Mi marido, en efecto, es un hombre que siente una verdadera pasión por las exploraciones faraónicas...

— Conozco su nombre, señora, como el de una de las personas más peritas en esa difícil e interesante ciencia. Claro que no tanto como usted...

— ¡Oh, príncipe!...

— Ni con mucho. Yo no comprendo cómo un hombre que tiene la dicha de ser el dueño de su corazón pierde miserablemente el tiempo, acampando bajo un toldo de lona, sufriendo mil privaciones, y dejando aquí abandonada a su mujer...

En todo espíritu femenino, hay un sentimiento de amor propio que al sentirse halagado por una

frase galante, se siente dulcemente impresionado, sin pensar que tan dulces frases pueden ser conducentes a un innoble fin. Juana respondió:

— Sois, príncipe, un hombre de mucho talento, indudablemente...

— Soy, sencillamente, un poco psicólogo y un tanto observador... Todo esto, unido a una gran experiencia del mundo moderno... Aun cuando vista el traje clásico de mi estirpe, y cubra mi cabeza con un fez, mi cerebro no está rodeado, como ocurre con muchos compatriotas míos, de una muralla de China que me impida pensar a la europea.

— Así lo demostráis en todos vuestros actos, príncipe Mohamed.

— No me volváis a llamar príncipe, hermosa señora. Ante la belleza, se esfuman los títulos más nobles y el más rancio abolengo se siente humillado... Si persistierais en darme este tratamiento, mi boca tendría forzosamente que enmudecer, porque no hallaría entonces palabras con que elogiar vuestros divinos encantos. Tratémonos, pues, simplemente, como dos buenos amigos, y prescindamos de lo que, en la heráldica, representen nuestros apellidos...

Juana calló. El tono impetuoso de Mohamed Bey la había asustado un poco. El príncipe continuó:

— Tal vez en mis palabras, pronunciadas con la excesiva ingenuidad propia de mi carácter, rudamente franco, habréis entrevisto algo que os habrá disgustado, a juzgar por el silencio que guardáis...

Si es así, yo os ruego me perdonéis... No ha sido mi intención ofenderos... ¡Es tan difícil permanecer al lado de una mujer bonita sin excederse en los galanteos!...

— Sois en extremo bondadoso conmigo, Mohamed... Comprendo el alcance y verdadera significación de vuestras palabras, y por ello no he de sentirme ofendida.

Hablaron mucho rato... Cuando Mahomed se despidió de Juana, en sus labios se dibujaba una enigmática sonrisa de triunfo, que dió mucho que pensar, durante aquella velada, a los tres Romeos...

IV

Las exploraciones habían llevado al equipo de Ainsworth muy cerca del hotel donde Juana moraba. Nicolás, que seguía con los ojos cerrados ante la realidad, trasladó allí su residencia.

Aquel gesto de su marido produjo inmensa alegría en el corazón de Juana. ¿Se habría dado cuenta su marido de lo equivocado de la conducta que había seguido hasta entonces? Indudablemente, pues volvía a ella. Así al menos lo creía la joven, que empezó a forjar, en su ilusión de esposa, los más apasionados planes.

El tocador, mudo confidente de la coquetería femenina, presenció aquella noche la complicada *toilette* a que se sometió la esposa del egiptólogo. Quería aparecer ante él más bella, más joven, más fresca, más irresistiblemente seductora que nunca... Cuando apareció en el comedor del hotel, en donde debía cenar junto con Nicolás, estaba arrebatadora...

La cena transcurrió jovial y entretenida. Ainsworth se sentía aquella noche un poco apartado de la escritura jeroglífica, de los panteones y de los hipogeos... El menú era suculento, y en los vasos de cristal de Bohemia se escanciaba el más delicioso vino que el *maître d'hôtel* había encontrado en la bodega... Un cliente de la nombradía de Ainsworth, cuya posición social, era, además, envidiable, merecía que se le prodigasen todas las atenciones y se le sirviese con el mayor refinamiento posible...

Cuando se retiraron, después de los postres, a su habitación, parecían dos novios. Abrieron la ventana de su habitación para dejar penetrar el fresco de la noche. Era la primavera y todo parecía entonar un canto a la vida.

Juana se abrazó a su esposo y ambos rodaron sobre un diván.

— ¡Si supieras — murmuró ella — cuánto he deseado este momento!

— ¿De veras, pequeña mía?

— ¡Vivimos tan separados! Tú, absorto por tus estudios científicos, me tienes tan olvidada... ¡Si pudieses llegar a saber lo que me hace sufrir tu manera de proceder!

— Pobre Juanita mía... Es verdad... Yo soy un loco... Tengo la dicha a mi lado y la desperdicio engolfándome en cosas estúpidas...

— Estúpidas no, Nicolás... Yo tampoco te pido que renuncies a ellas... Comprendo perfectamente que busques una expansión espiritual a tu cerebro... Pero... ¡no abandones a tu mujercita que te quiere tanto y se consume, lejos de ti, envidiada por las demás, y, en el fondo, tan desgraciada! ¿Quieres tormento mayor que amar y sentirse amada por un hombre a quien fútiles causas mantienen alejado?

Ainsworth, con la cabeza baja, escuchaba los reproches de su mujer... ¡Sí, tenía razón! ¿Qué motivos tenía él para dejarla abandonada de aquel modo, expuesta a que un día, por la fatalidad de las circunstancias, cayese en el abismo del pecado? ¿Y todo, por qué? ¡Porque él era un imbécil, que no vivía más que para sus descubrimientos científicos! No, no, aquello no se repetiría más... Levantaría al día siguiente su campamento y viviría nada más por ella...

— ¡Con cuánta razón te quejas, Juanita de mi vida! — repitió Nicolás en un arranque de sinceridad. — ¡Parece mentira cómo cualquier cosa trivial nos aparta, a nosotros los hombres, de nuestro verdadero camino! ¡No nos damos cuenta de nada, y muchas veces, a no ser por nuestra franca sinceridad, abriríamos un abismo infranqueable en nuestras vidas...

— ¿Me querrás siempre como ahora, Nicolás?

— ¡Hasta la muerte, Juana! Seré tuyo, y no haré nada sin consultarte... No querré verte nunca más preocupada ni disgustada... Volveremos a América,

pero antes visitaremos los lugares más pintorescos de Europa... Volveremos a hacer nuestro viaje de novios... Y tú te sentirás muy feliz y muy contenta, ¿verdad? Y me perdonarás lo malo que he sido para contigo...

— No, Nicolás... Tú no has sido malo... Lo que has hecho es no darte cuenta que las mujeres necesitamos más del cariño y de la ternura que vosotros... No hallamos, como los hombres, el placer y el esparcimiento espiritual en el estudio... Somos siempre un poco niñas, y cuando se nos deja de mimar y de querer, nos volvemos celosas, ridículas...

— ¡Yo no he dejado nunca de quererte, Juanita!

— Pero tu modo de obrar lo parecía... ¡Si yo te contara! ¡He llegado a tener celos de todo y de todos! ¡De las tumbas, de las excavaciones, de las momias, de las reliquias! ¡Hasta... me da vergüenza confesarlo... de tu secretaria!

Una franca carcajada se escapó de los labios de Nicolás Ainsworth.

— ¿De mi secretaria? ¡De ese esperpento de inglesa, que parece una feminista de caricatura?

— ¡De ella! Cuando las mujeres perdemos el cariño de nuestros maridos, nos forjamos las más absurdas quimeras!

— ¡Tonta! ¡Tontilla! ¿Creías que tu Nicolás te había ya olvidado? Razón tenías cuando afirmabas que las mujeres sois siempre un poco niñas... Desde hoy te trataré como lo que eres, como una chi-

quilla. ¡Oh, mi adorable pequeña, mi deliciosa mujercita! Mira, siéntate así, a mi lado, bien cariñosa, sin moverte, como si fueras mi discípula... Antes de marcharnos de aquí, voy a contarte una historia... Una triste historia de amor milenario, íntimamente ligada con el objeto de mis excavaciones... La historia de los dos amantes cuyas momias yacen en el panteón que yo buscaba con tanto afán... Escucha, Juana...

Y Nicolás, con el brazo pasado tras el talle de su mujer, acariciando dulcemente su cabeza, empezó a contar la leyenda...

V

Era en los lejanos tiempos en que la civilización egipcia hacía de aquel reino la más poderosa de las naciones. La dinastía de los Faraones reinaba sobre el trono, y el pueblo, que sentíase gobernado con templanza, aclamaba a su soberano a su paso por las calles.

La nación vivía una vida de prosperidad sin límites. Cada día, multitud de naves surcaban las tranquilas aguas del Nilo, repletas de mercancías y de oro, las ciudades se ensanchaban y los fértiles campos producían magníficas cosechas... Y el Faraón, que gustaba las mieles de la paz, viendo sereno el horizonte político de su nación, pensó en desposarse con la princesa Herath, la más bella y encantadora de las muchachas de su reino.

Una larga y lujosa caravana de notables, con uno de los ministros al frente, se puso en marcha para ir, portadora de una carta real haciendo la petición

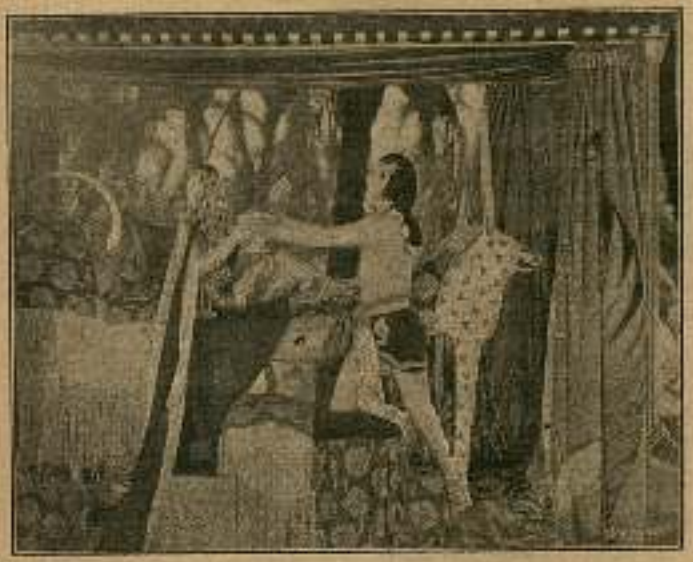
de mano, al lugar donde residía la princesa con sus ancianos padres, que accedieron, sin dificultad alguna, antes bien con inmensa alegría, a la petición del Faraón, que era hombre de grandes virtudes morales y extraordinaria rectitud de conciencia.

Regresaron el ministro y su séquito con la aceptación de los padres de la princesa Herath, y el Faraón ordenó entonces a su hermano Aziru que se dispusiese a salir para recoger a la princesa y llevarla a la Corte.

Así lo hizo el príncipe, mas, una vez conocido a Herath, concibió por ella una desatinada pasión, que no tardó en hacer ostensible. Y durante los largos días que duró el trayecto de la enorme caravana que formaba el séquito de Aziru, supo pintar su amor con tan vivos colores a la prometida de su hermano, que la princesa sintióse subyugada por sus palabras y entregó al pérfido el corazón que, de derecho, pertenecía ya al Faraón.

En las copas sagradas del servicio del príncipe, los dos amantes escanciaron varias veces el vino de Chipre que llevaban entre sus provisiones, jurándose amor eterno, y así llegaron a la Corte, ignorantes de que un criado les había estado espiando y se había adelantado para explicar el perjurio a su dueño y señor.

Cuando el Faraón supo por el servidor esclavo la felonía de su hermano el príncipe Aziru, escuchóle atentamente, pero cuando estuvo convencido plenamente de que eran ciertas las aseveraciones del delator, le mandó degollar para que su muerte sirviese de escarmiento y de vergüenza a los espías y a los traidores.



En las copas sagradas, los dos amantes escanciaron el vino de Chipre

Y los dos culpables se presentaron en el Palacio Real, que había sido adornado con sus mejores galas durante días y días por millares de esclavos que trabajaban día y noche, y ante cuyas imponentes gradas estaba congregada toda la Corte. Cuando el Faraón vió llegar a Herath y al príncipe Aziru, hizo señal para que subiesen hasta el trono. Así lo hicieron, y

cuando estuvieron ante él y se hubieron prosternado en señal de obediencia, dióles a beber una copa de vino, y, apenas los labios de Herath se hubieron humedecido en el líquido fatal, sintió una angustia atenacear su corazón y tendió su mano al príncipe Aziru que sostuvo su cuerpo hasta que ambos, cercenada su vida por la ponzoña, cayeron ante el trono, juntas sus bocas, como queriendo unir su agonía en un beso supremo.

Así castigó de una manera ejemplar aquel monarca la traición de su hermano y de su prometida. Mas los años le hicieron arrepentirse de su crimen, y como expiación mandó construir a sus esclavos una suntuosísima tumba que tardó muchos meses en estar terminada, y luego enterró en ella solemnemente los cadáveres de los dos desgraciados amantes, cuya historia debían perpetrar a través de los siglos las inscripciones jeroglíficas mandadas grabar por él, a las que añadió, como lema expiatorio, las siguientes palabras: «La vida es breve y está hecha para el amor».

Y aun se recuerda en todo Egipto la trágica historia de los dos príncipes a los que unió la simpatía y el cariño hasta la muerte, y aun se veneran sus restos mortales en la tumba suntuosa cuyo emplazamiento se conoce vagamente, pero al que acuden los enamorados para rendir tributo a aquellos dos corazones que sólo la muerte pudo impedir que latieran al unísono.

VI

Mientras Nicolás había estado hablando, Juana había escuchado el relato con atención, como, de pequeñita, cuando le contaban un cuento de hadas. Ahora, ante el romanticismo de la historia, casi perdonaba a su marido la rebusca de la tumba, que tanto le alejara de su amor...

— ¡Pobres príncipes! — murmuró, con los ojos humedecidos en lágrimas. — ¿No te dan pena?

Ainsworth sonrió.

— Sí... Es claro... ¿Te ha entristecido la leyenda trágica, verdad? Pero su moraleja es hermosa, es verdad... ¡La vida es breve y está hecha para el amor!

A través de la ventana filtrábanse los rayos plateados de la luna llena, llenando de poesía y de romanticismo el ambiente... Juana, gozosa de tener de nuevo a su marido a su lado, propuso:

— ¿Vamos a dar un paseo en camello por el desierto? Estaremos en media hora... Me gustaría ver el lugar en donde tú supones que se encuentra la tumba...

Iba Nicolás a decir que sí, cuando llamaron a la puerta con los nudillos de la mano.

— ¿Quién debe ser, a estas horas? — preguntó Juana.

— No sé... Voy a ver...

Ainsworth se puso en pie y abrió, reconociendo con sorpresa a su secretaria, que llevaba una enorme ánfora de oro macizo en la mano.

— ¡Hemos hallado la tumba! — le dijo llena de alegría. — ¡Mire usted! ¡En esta ánfora está escrito en caracteres jeroglíficos el lema que todos buscamos! ¡La vida para el amor!

Una palidez extraordinaria cubrió la hermosa faz de Juana. Aquel hallazgo era la ciencia que llamaba de nuevo a su marido hacia el campamento, la fuerza irresistible que arrancaba a su marido de entre sus brazos. Sin casi decir adiós, Nicolás salió. La mujer se dejó caer sobre el diván donde momentos antes se sintiera acariciada por el ser amado... Quiso llorar, pero no pudo. Un espíritu de revuelta, de protesta, la hizo sentirse fuerte ante aquel nuevo golpe del destino...

— ¡Está bien! — gritó. — ¡Mi marido no ha querido acompañarme a pasear por el desierto! ¡No importa! ¡Me iré yo sola!

Los dos amantes llegaron a la Corte

* * *

Entretanto, el tenebroso Mohamed Bey tenía, no muy lejos de allí, una reservada y misteriosa conferencia con un criado suyo.

— Ya sabes — le decía — que tengo en ti toda la confianza. Necesito que me acompañes, pues tengo noticias de que ese maldito extranjero sigue empeñado en proseguir sus excavaciones. Su mujer, a quien he hecho esta tarde la corte discretamente para averiguar lo que me interesaba saber, me lo ha confesado.

— Si quiere Vuestra Alteza que terminemos de una vez, ya sabe que tengo todo dispuesto para obrar.

— Todavía no. Sería insensato mientras, realmente, ese hombre no haya penetrado dentro de la tumba. De otra manera, podríamos ser descubiertos, y siempre es peligroso tenérselas que haber con la Legación de una Potencia extranjera, tanto más tratándose de los Estados Unidos, cuyos representantes tienen mucho celo en velar por los intereses de sus nacionales.

— Entonces, esperaré que Vuestra Alteza me ordene.

— Eso mismo. De momento, acompáñame al Valle de las Tumbas. Entraremos en el Panteón de los Príncipes por la puerta secreta cuya entrada co-

noces, y desde allí podremos escuchar con toda tranquilidad si los golpes de piqueta que dan los obreros de la brigada de ese endiablado yanqui van bien dirigidos... De ser así, será cosa de estar sobre aviso y prepararnos a la ofensiva.

Los dos hombres montaron en dos camellos que los respectivos servidores les tenían preparados, y lentamente atravesaron el desierto en dirección al lugar donde suponían que Ainsworth y los suyos continuaban los trabajos de exploración que, llevados de su loco fanatismo, pretendían estorbar, aun a costa del crimen, si ello se hacía imprescindible...

VII

Los trabajos de la brigada iban por buen camino. El hallazgo del ánfora de oro era una buena prueba de ello. Nicolás, con la piqueta en la mano, golpeaba una pared recién descubierta. A su lado, uno de los obreros contemplaba su labor con curiosidad, mientras la secretaria del americano escuchaba atentamente el resonar de la herramienta sobre la oquedad que, indudablemente, existía tras del muro.

-Si Nicolás hubiese sabido lo que ocurría en el interior de la tumba, que creía solitaria, seguramente hubiese abandonado en seguida sus trabajos para preocuparse de su seguridad personal amenazada. Mas él estaba bien lejos de figurarse el constante espionaje de que eran objeto tanto su persona como la brigada de trabajadores que dirigía, y el secreto malestar de los obreros.

Quien estaba dentro de la tumba escuchando con el mayor sigilo los trabajos de Ainsworth era el

príncipe Mohamed Bey, que había penetrado en el fondo de la misma por la entrada secreta que sólo él y su misterioso acompañante conocían.

— ¡Sí, sí! — repetía el egipcio en voz baja a su hombre de confianza. — Indudablemente han encontrado el camino y conocen perfectamente la disposición de la tumba. Va a ser preciso obrar, y tal vez más de prisa de lo que nosotros nos creemos. Quizá mañana o pasado tengas ya que preparado todo.

— Cuando me lo ordenéis así, Alteza — dijo sin pestañear el criado de Mohamed Bey.

— Bueno, ahora ya sabemos bastante. Salgamos, porque nuestra presencia en estos peligrosos lugares es inoportuna a tales horas. Ya volveremos cuando sea preciso.

El príncipe y su criado salieron del subterráneo por la puerta secreta que habían hecho y disimulaban hábilmente con un enorme bloque de piedra que, mediante un pestillo oculto, funcionaba y giraba sobre los goznes que la sostenían.

Una vez fuera, ambos se internaron en el desierto.

— Mañana por la mañana, así que apunte el sol, volveremos — dijo Mohamed Bey. — Es necesario ir muy aprisa para sacar de allí todas las reliquias que hay y llevarlas a lugar seguro e impedir que sean profanadas por los extranjeros. Ainsworth, en un par de jornadas más, habrá descubierto las principales galerías y tendrá abierto el paso para llegar

hasta el lugar donde se encuentran depositados los sarcófagos. Será preciso antes, por consiguiente, vaciar totalmente la tumba...

— Se hará tal como ordena Vuestra Alteza.

— Está bien. Adiós.

El servidor de Mohamed se inclinó, haciendo una profunda reverencia. Ambos se separaron. El primero para volver a la ciudad, el segundo para seguirse internando en el desierto, como si entre sus arenas tostadas quisiera abstraerse a la vida exterior y reconcentrar su pensamiento para evitar que fallase el menor detalle del plan que estaba tramando contra la seguridad de Nicolás Ainsworth y del equipo de obreros que procedía a las excavaciones en la tumba de los príncipes...

* * *

Juana Ainsworth, montada sobre el camello que había dado orden de preparar en el hotel, se internaba a su vez por el desierto. La noche era magnífica y la clara luna de Egipto brillaba en todo su esplendor... La mujer se sentía más alejada, si cabe, que antes del romántico coloquio de su marido. Comprendía que le había perdido para siempre, y que eran en vano cuantas promesas le hiciera. Por grande que fuese su amor hacia Juana, bastaría el menor detalle que le recordara de nuevo sus trabajos arqueológicos para que huyera de ella como

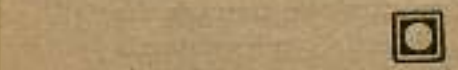
de una cosa que había de ofuscar su inteligencia y arrancarle a sus queridos estudios...

Pensó en huir, definitivamente, de allí, y crearse otra vida... Pero no podía. A despecho de sus coquetcos con los tres Romeos, Juana era buena, tal vez un poco alocada, tal vez demasiado moderna, tal vez excesivamente despreocupada... Mas no era capaz de faltar a su marido, a quien seguía queriendo tan ardientemente como cuando nada le distraía más que ella, ni nadie hubiese sido capaz de arrancarle de sus brazos de enamorada...

A su rebeldía de hacía unos momentos, sucedía ahora una depresión nerviosa que la anonadaba... ¿Qué sería de ella en lo sucesivo, ahora que ya se había podido dar perfecta cuenta de la magnitud de su desventura? ¿Seguir al lado de su marido, entre picos, azadones, palas, instrumentos de topografía y libracos enormes que, no sólo no le interesaban, sino que ella odiaba profundamente, pues los sabía culpables de todo cuanto le ocurría? Y si se decidía a volver al hotel, a buscar en la vida frívola y cosmopolita de los tes, de las cenas y de los conciertos vocales el olvido a sus penas, ¿era honrado proceder de aquella manera, poniendo en ridículo a su marido y exponiendo su nombre al baldón de la maledicencia pública? ¿Y si un día flaqueaban sus fuerzas, y su virtud impotente se doblegaba, en un momento de olvido y de abandono de sus sagrados deberes, y caía en el pecado, tendrían Dios y los

hombres compasión a su humana flaqueza? ¡No, aquello era horrible! La sola idea de que aquello podía conducirle al borde del abismo la inmovilizaba, y, sin embargo, ella comprendía que no podía ni debía seguir un momento más llevando aquella vida.

Estaba ya en pleno desierto... Juana descendió del camello y se sentó sobre una gruesa piedra. Se sentía vencida, humillada, avergonzada de sí misma... ¡Era posible que ella, buena y enamorada de su marido, hubiese podido permanecer en el hotel días y días, flirteando con unos y con otros, dando lugar a que se la tuviera a ella por una esposa infiel y a Nicolás por un ente ridículo y despreciable, que se absorbía en sus estudios mientras su mujer arrastraba su nombre por el lodo? ¡El estaba ciego y no veía que tenía a Juana abandonada, pero ella había sido una loca de separarse de él y coquetear como lo había estado haciendo... Su determinación estuvo hecha bien pronto. Volvería al campamento. Allí, como una mártir, esperaría... Mas no volvería a dar lugar, con su conducta que ahora reconocía equívoca y abonimable, a que pudiesen estar en entredicho su honra y la dignidad del hombre que la había llevado al altar...



VIII

Un leve rumor, apenas perceptible en el augusto silencio del desierto inmenso, la hizo sobresaltar. A lo lejos, agitábanse unas sombras confusas que la distancia le impedía distinguir.

Juana, atemorizada, escuchó... Las sombras se acercaban en dirección a ella... Pasaron unos minutos de mortal angustia... Bien pronto se dió cuenta la mujer de lo que se trataba y del peligro que la amenazaba... Una patrulla de beduínos corría hacia el lugar donde estaba sentada. Indudablemente la habían observado, y en el alma salvaje de aquellos aventureros se habían despertado a la vez la codicia y la concupiscencia.

Era inútil intentar huir... Los beduínos no tenían sino desplegarse y formar un círculo en torno de ella para cortarle la retirada... Además, ¿qué resistencia podía ofrecer, débil y frágil mujer como era, a aquella

cuadrilla de bandoleros? Bajo la cabeza, y sollozando amargamente ante la triste suerte que la deparaba su destino, esperó...

Bien pronto llegaron hasta ella. Oyóles pronunciar unas palabras ininteligibles... Uno de ellos, que parecía el jefe, se le acercó, atóla los brazos y, haciéndola montar sobre un caballo, la obligó a que les siguiera... Apenas miróla y no pronunció ni una sílaba.

La caravana se puso nuevamente en marcha... En el corazón de Juana renació la esperanza. Su sin par belleza no había despertado los groseros apetitos de aquellos salvajes... No estando amenazado su honor, aquel secuestro no podía costar más que una cosa : dinero. Y ella y su marido disponían de tanto oro, que por exigentes que fuesen los beduínos en el rescate podía pagárselo inmediatamente.

Mas no tardaron de nuevo en renacer sus dudas sobre el particular. Los beduínos, que al principio se habían limitado a secuestrarla y casi ni la habían contemplado, ahora la miraban a hurtadillas, y el que parecía ser su jefe, un hombre alto, corpulento, de faz innoble y siniestra, se detenía de tanto en tanto para devorarla con los ojos.

La caravana hizo alto en un pequeño oasis. El jefe hizo una seña a dos de sus secuaces que llevaban las riendas del caballo en que Juana iba montada para que la apeasen de su montura. Luego dió orden de que la desatasen las manos, mientras la contemplaba con una sonrisa diabólica...

El corazón de la mujer latió con fuerza. Lo inevitable iba a producirse. Allí, impotente y sin defensa, Juana se hallaba a merced de la furia salvaje de aquel monstruo de faz humana. Hubo un momento en que pensó intentar la huída... Pero ¿para qué? Aun cuando consiguiese escapar, el lugar donde se hallaba estaba muy lejos del mundo civilizado, y hubiese perecido entre la arena, bajo el tormento del hambre y de la sed...

Estrechóla entre sus brazos el beduíno, y ya iba su innoble hocico a profanar las sonrosadas mejillas de Juana, cuando se oyó el galopar de unos caballos y apareció en el desierto la figura enigmática y misteriosa del príncipe Mohamed Bey.

Juana, al darse cuenta de que era él, dió un grito de alegría. Mohamed acababa de apercibirse del peligro inminente que corría y volaba en su auxilio.

Bien pronto estuvo a su lado. Sin duda, el innoble beduíno que había estado a punto de atropellar a la joven, y que lo hubiese conseguido seguramente a no ser por la oportuna intervención del príncipe, conocía muy bien a éste, pues en cuanto le vió abandonó a Juana y se dirigió a él, saludándole con muestras de la mayor admiración y respeto.

Mohamed habló tan sólo unas palabras con él. Entrególe unas monedas, y sin duda le dió orden de que se marchara con su gente y le dejase a él solo con la esposa de Ainsworth, porque apenas hubo

Cuando el Faraón vió llegar a los dos culpables, hizo señal para que se adelantasen hasta el trono

acabado de hablar, el beduíno y su caravana se internaron de nuevo en el desierto.

Cuando hubieron quedado solos de nuevo, el príncipe egipcio levantó del suelo a Juana que yacía en él casi sin conocimiento, y, tomándola entre sus brazos, fué a darla un beso.

— ¡Oh, príncipe! — murmuró ella, esquivando los labios carnosos y sensuales de Mohamed.

— ¿Persistís en llamarme príncipe?

— Me dijisteis en el hotel, hace pocos días, que aspirabais a que fuésemos buenos amigos.

— Y así es, en efecto. Ello constituiría una de mis mayores satisfacciones.

— Entonces, si queréis ser amigo mío, noble y desinteresado, ¿por qué ofendéis mi honor de esposa?

— No os sabía tan rigurosa, bella Juana — repuso el príncipe. — Ello no hace más que contribuir a que aumente la admiración que siento por vos. Y ahora, sin que esto sea ningún reproche ni equivalga a tacharos de ingrata, permitidme deciros que esperaba otras palabras de vos, Juana.

— ¿Y otros gestos?

Ante aquella hábil respuesta, Mohamed Bey calló.

— Una cosa es que yo os esté agradecidísima por haberme salvado de esos cafres, y otra que yo olvide los deberes contraídos...

— Tenéis razón, Juana. Los hombres nos dejamos llevar en seguida por la pasión que nos inspiran las

mujeres bonitas como vos, y no nos damos cuenta de que, a veces, decimos y hacemos algunas inconveniencias... ¿Me perdonáis?

— ¿No os he de perdonar, si a vuestra generosa intervención debo el haber conservado mi honor de esposa, que, para una mujer digna, representa más que la vida?

— ¿Y no me guardaréis rencor por mi momentáneo y disparatado atrevimiento?

— Las americanas no somos rencorosas, príncipe Mohamed... Por consiguiente, si vos queréis, como habéis dicho antes, que seamos dos buenos amigos, nobles, leales, sin que a esta amistad vaya vinculado ningún sentimiento culpable, seguidme tratando como lo habéis hecho, pero procurando no reincidir en palabras ni acciones torpes, y no dudéis que en mí tendréis siempre una mujer que ni por un momento olvidará en qué momento difícil de su existencia vuestra intervención fué para mí preciosa...

— ¿Y no permitiréis, siquiera, que estreche vuestra mano en señal de amistad?

Por toda respuesta, Juana alargó al egipcio su manecita marfileña, cuyos deditos parecían juguetes de carne... Mohamed Bey la estrechó entre las suyas.

— ¡Gracias, Juana! murmuró. Celebro este gesto vuestro de reconciliación... Y ahora, decidme adónde queréis que os conduzca. ¿Al campamento de vuestro esposo, o al hotel?

— Valdría más que me llevarais al hotel... Allí tendré más comodidades y dispondré de más elementos para reponerme de la tremenda impresión que me han producido todos los incidentes de esta noche...

— Pues montad en ese caballo, que es el más dócil de los dos que yo llevaba, y yo tomaré el otro... En poco rato llegaremos al hotel y allí podréis descansar de vuestras fatigas...

Iba Juana a hacerlo así, cuando a su espalda percibióse el rumor de unos pasos... Un grupo formado por tres hombres corría en dirección a ellos, gritando :

— ¡Allí está! ¡Allí está!

Eran los tres Romeos, que, al darse cuenta de la tardanza en regresar de Juana, habían salido, solícitos, en su busca... Y tras ellos iba también otro hombre, que no era otro sino Nicolás...

Nicolás Ainswort que, después de terminadas sus excavaciones nocturnas, y comprendiendo lo alocado de su conducta al dejar sola a Juana en el hotel, atraído por los descubrimientos arqueológicos, había regresado a él y, al saber que su mujer se había ido sola a pasear en camello por el desierto, se había internado también en él, temeroso, y no sin motivo, de que entre los salvajes que le poblaban pudiera ocurrirle alguna desgracia...

IX

La sorpresa que experimentó Nicolás al ver a su mujer en compañía del príncipe Mohamed Bey fué extraordinaria. Y no es que le faltaran motivos. Muy al contrario. Conocía perfectamente al magnate egipcio, al que despreciaba profundamente por su aversión a las exploraciones y su tremendo fanatismo, tan en contra con las modernas tendencias. En más de una ocasión, se había encontrado con él y había sufrido sus terribles amenazas.

— ¡Morirá usted en la tumba! — le había repetido muchas veces el egipcio. — ¡No en vano la sombra de los Faraones vela por la intangibilidad sagrada de sus reliquias! ¡Recuerde usted que todos los exploradores de los panteones del Nilo han perecido trágicamente, en justo castigo a la falta de respeto que tenían para con nuestros augustos antepasados!

Ainsworth le había contestado siempre con un indiferente encogimiento de hombros. ¿Qué castigo podía esperar él, hombre enamorado de su ciencia, de unas inofensivas rebuscas en las pirámides, en los hipogeos y en las tumbas?

Por ello, su indignación no conoció límites al encontrar a Juana en su compañía.

— ¡Ah! — exclamó sarcásticamente. — ¿De manera que a mí me esperaba la maldición de sus antepasados por violar el reposo de sus cuerpos, y usted no vacila en violar lo más sagrado de este mundo, que es el honor de una mujer y la dignidad de su marido? Pues, amiguito, se ha engañado usted esta vez, porque como a mí no me aterran los manes egipcios, sin ningún respeto a su alta alcurnia y a su distinguida estirpe, voy a castigarle como se merece.

En vano intentaba justificar su presencia allí y la inesperada aparición del príncipe, a quien debía la vida y el honor. Nicolás la rechazó brutalmente cuando ella quiso interponerse con ánimo de evitar la lucha... Cayó ella sobre la arena, sollozando amargamente, mientras se cruzaban las miradas de los dos hombres, fosforescentes de odio y de rabia.

Con felina agilidad, Ainsworth atacó a Mohamed Bey. Mas éste no era hombre que se dejase vencer tan fácilmente. Una lucha encarnizada, sin cuartel, se entabló entre los dos hombres, una lucha en la que estaban encarnados dos poderes : la ciencia y

el fanatismo, la luz de las tinieblas, la civilización y el salvajismo... Rugía de furia Mohamed al verse atropellado por aquel hombre que no tenía ni antepasados, ni títulos, ni honores, y que sólo contaba en su haber una montaña de monedas de oro, de aquellas monedas que tan desdeñosamente despreciaba... Trataba de defenderse, pero los músculos de acero del americano, que como todos los jóvenes de su raza había cultivado con asiduidad los deportes de moda y temblaba como temblaban las reliquias egipcias bajo la piqueta demoledora que hacía polvo las milenarias piedras abriendo paso a los ardientes rayos del sol hasta lugares en donde no habían penetrado desde hacía más de cuarenta siglos...

¡Atrópellame, extranjero! — gritaba Mohamed Bey, imponente ya para defenderse. — ¡Ultrájame, hombre plebeyo y sin fe! ¡Yo caeré vencido, pero la furia divina me vengará y sabrá castigar tu osadía!

Ainsworth no se arredraba por aquellas terribles y fulminantes amenazas... Mohamed sintió que sus fuerzas abandonábanle y dejóse caer, casi sin conocimiento, sobre la arena del desierto... No muy lejos de él, Juana seguía llorando amargamente.

Cuando el príncipe egipcio, cubierto de sangre, quedó en el suelo hecho una piltraña, el explorador se acercó a su mujer, la hizo levantar y, con tono severo, la dijo :

— Y tú, mujer despreciable y vil, que cubres de fango mi apellido, ¿por qué lloras? No será ciertamente por temor de que al imbécil de tu marido le ocurra nada, porque a Dios gracias, sus profesores le enseñaron, al mismo tiempo que la ciencia y el arte, el modo de defenderse contra los miserables que le acechan... ¿Será por él, gran Dios, será por él que temías? ¡Dime! ¿Le amas acaso?

¡Calla, Nicolás! — contestó ella, redoblando en sus sollozos. — ¡No tienes la menor compasión de mí, ni tu corazón siente por tu pobre mujer la menor ternura, ni la menor delicadeza! ¡Nunca me has comprendido!

— Tal vez no — replicó el marido. — ¡Pero tu conducta no ha sido tampoco la más propicia para hacerme entrar en razón!

— ¿A quién culpas de ello? ¿Acaso soy yo quien me he separado de ti? ¿No eres tú quien has vivido moralmente apartado, literalmente divorciado de tu mujer, desde que llegamos aquí, aun cuando ambos viviéramos bajo el mismo techo? ¿Qué esposa, por seguirte, hubiese soportado en silencio, resignada y silenciosa, las privaciones, las angustias, las molestias y los disgustos que he tenido que pasar yo? ¿Cuántas y cuántas noches no me he consumido a tu lado, viéndote examinar reliquias que no me interesaban, contemplando cómo leías unos libracos que yo no entendía, cayéndome de sueño, sólo con la esperanza de no perder tu cariño y tu ternura? Y cuando he ido a acariciarte, cuando he ido a darte un beso, ¿no me has rechazado muchas veces

porque te estorbaba, te molestaba o te distraía? ¡Anoche mismo te creía curado de tu locura! ¡Forjaba ya los más dulces planes de amor y de ventura, y bastó un aviso de que se había hecho un nuevo descubrimiento en la tumba para que te marcharas sin decirme buenas noches, ni hacerme una caricia que me confortara! ¡Y aun te atreves a hablar!

— ¡Sí, aún me atrevo a hablar — dijo Ainsworth cuya cólera no se calmaba. — ¡Me atrevo a hablar porque todo eso no justifica que te encuentre aquí, de madrugada, a varios kilómetros del hotel en donde moras dando que hablar a todo el mundo y poniéndome en ridículo, con un hombre que odio y que me detesta! Por grandes que sean mis culpas, ¿acaso todas ellas valen lo que has hecho tú esta noche?

— Mi conducta de esta noche es irreflexiva, convengo en ello, pero en ello no tengo que reprocharme más que haber cedido a un impulso de chiquilla. ¡De nada más tengo que acusarme y mi conciencia de esposa está bien tranquila!

— ¿Y ese hombre, ese ser despreciable?...

Mohamed Bey, repuesto de sus heridas se levantaba pesadamente en aquel momento. Acercóse, no sin trabajo, a Nicolás, y le dijo:

— ¡Este hombre, este ser despreciable, vil y repugnante extranjero sabrá, como corresponde a su nombre, vengar la afrenta de que ha sido objeto! ¡Maldición a los hombres que profanan el sagrario de nuestras tradiciones! ¡Dios les castigue!

X

— ¿Qué has venido a hacer aquí con Mohamed Bey? — interrogó de nuevo, amenazador, Nicolás Ainsworth, dirigiéndose a su mujer.

— No he venido con Mohamed Bey — contestó Juana. — Ya sabes que me había entrado el capricho, esta noche pasada, de salir contigo a dar un paseo en camello por el desierto. Cuando tú me dejaste sola y triste, tuve un momento de revuelta. «¡Me iré sola!», pensé. Hice arreglar un camello del servicio del hotel y salí, sin tomar la precaución de llevarme ningún servidor. Me sentía tan abandonada, tan huérfana de todo cariño, que quería soñar a la luz de la luna, sobre la tumba de los amantes, olvidando mi vida y mis penas... Cuando estaba aquí, unos beduínos me secuestraron, y su jefe me habría atropellado de no intervenir providencialmente el prín-

cipe, que me salvó... Y no ha ocurrido después nada más sino lo que tú has visto.

Ainsworth leía en las claras pupilas de su mujer que todo aquello era verdad y que sus celos eran infundados.

— Aseguras que en tu conducta no hay nada reprochable — dijo Nicolás Ainsworth tras breves momentos de reflexión. — Y como ya sabes que yo no soy un hombre que desconfíe de su mujer, me atengo a tus explicaciones. Pero, de todas maneras, no estaba tampoco bien que tú te marcharas del hotel sola, a la hora en que lo has hecho. En fin, vámonos otra vez hacia allá.

Marido y mujer empezaron a atravesar el desierto... Juana hubiese querido hablar, mas el tono severo de Ainsworth le imponía y no se atrevía a despegar los labios. El iba cabizbajo, como si le embargara una grave preocupación. Y así era, en efecto. Ainsworth tenía una gran confianza en su mujer, pero los acontecimientos que aquella noche se habían desarrollado no eran de naturaleza, precisamente, para tranquilizarse respecto a la pureza de las intenciones de Juana.

Admitiendo su explicación de que se hubiese decidido a salir sola hacia el desierto, exasperada por la negativa de Nicolás, suponiendo fuese lo cierto el secuestro de los beduínos y la casual intervención de Mohamed Bey — y ya era éste un cúmulo de circunstancias, no por muy posible, menos sos-

El príncipe Azirú sostuvo con el brazo a Herath

pechoso, ¿qué significaba la irrupción de los tres Romeos, a los que había descubierto camino del arenal, y que, al reconocerle, desaparecieran sin decir palabra? No le era desconocido al egiptólogo el flirteo que con ellos sostenía su esposa, y aquel jugueteo amoroso, por inofensivo que fuese, le molestaba sobremanera.

Juana debió comprender que todavía vacilaba su marido y, al cabo de un rato de marcha, cogióse de su brazo y recostando su cuerpo contra el de Nicolás, le dijo, mimosa:

— ¿Todavía dudas de tu mujercita?

— ¿Por qué venían en tu busca aquellos tres individuos que, así que me han visto, han vuelto la espalda y se han largado? — exclamó el explorador, sin contestar directamente a la pregunta de la mujer.

Esta vaciló un momento. Se sentía culpable de haber estado, durante tanto tiempo, jugando con fuego. Pero su imaginación sutilísima halló pronto la manera de esquivar aquel camino peligroso por donde Ainsworth quería encauzar la discusión.

— Sin duda, en el hotel, al ver que yo tardaba mucho en regresar, debieron temer por mi seguridad, y como esa gente no tiene nada que hacer, saldrían en mi busca... ¡qué sé yo! Por un sentimiento de humanidad que, en el fondo, tú les debes agradecer, o por hacer méritos...

— ¡Por hacer méritos! ¡A mí no se me ocurriría nunca hacer méritos ante una mujer que supiera no había de escuchar mis galanteos con visible complacencia...

— Nicolás — dijo entonces Juana. — Sigues siendo injusto conmigo, y yo ahora tendría derecho a contestarte en el mismo tono que tú lo haces. Cuando una mujer tiene que vivir alejada de su marido, como tú me obligas a hacerlo, es forzoso, es lógico, es fatalmente natural que se vea rodeada de una multitud de zánganos... Y éste ha sido mi caso, el que, en definitiva, sólo tú eres el culpable.

— ¿Por qué soy culpable? ¿Porque amo la ciencia y mis estudios? ¿Acaso no lo sabías tú cuando éramos prometidos? ¿Ignorabas acaso que a mí me es antipática en extremo la vida de sociedad y que tan sólo la soporto cuando no puedo evitarlo?

— Sí, Nicolás...

— Si lo sabías, ¿de qué te quejas? ¿O es que para ti es imposible la vida si no tomas el té cada día y no te presentas en público con la espalda semidesnuda y escotada hasta la cintura?

— Me sería posible si tú te portaras conmigo como tienes obligación. Te seguiría sin lamentarme, si a tu lado, fuese en donde fuese y aunque viviéramos en el ambiente más extraño y en el lugar más incómodo, si tú vivieras para mí, si supieses mimarme, hacerme la existencia agradable, y no dejarme olvi-

dada en un rincón, mientras traduces una inscripción faraónica.

— En fin, Juana; tal vez tengas razón, pero, de todas maneras, me disgusta sobremanera que las circunstancias nos hayan llevado a que todo el mundo murmure de ti y a mí se me tenga por un marido que tiene una venda ante los ojos. Procuraré que esto no ocurra más.

Ya no volvieron a hablarse en todo el resto del camino. Cuando llegaron al hotel, Juana y Nicolás se sentían más separados el uno del otro, más divorciados que nunca...

XI

La mañana siguiente sorprendió a Nicolás Ainsworth ojeroso, pálido y desencajado. Cuando estuvo afeitado, hubo tomado su baño cotidiano y se dispuso a descender al comedor para tomar el desayuno, estaba deprimido y su paso vacilaba. Le dolía horriblemente la cabeza y apenas tenía apetito.

Juana le esperaba, fresca, sonrosada y sonriente. Acababa también de salir del baño, mas a ella la caricia del agua le había hecho reaccionar, tonificando sus nervios y realzando su extraordinaria belleza. Casi se sintió avergonzado Ainsworth ante la bella resistencia de su mujer ante las emociones de la pasada noche.

Tomó, casi por fuerza, un vaso de café con leche. Por el contrario, ella almorzó con excelente apetito.

Y los dos amantes cayeron sobre las gradas del trono...

Una taza de te con leche, dos o tres enormes cucharadas de mermelada, dos emparedados, un panecillo grande con manteca...

— Tienes apetito esta mañana — observó el marido.

— Sí. Me encuentro muy bien.

— Yo, en cambio, estoy desganado y tengo la cabeza pesadísima... Tengo una jaqueca horrible.

— No trabajes hoy... Vámonos a paseo, o quédate en nuestra habitación conmigo — aconsejó prudentemente Juana.

— Hasta tengo la vista cansada... Siento mareos de tanto en tanto y me zumban los oídos...

— Descansa, Nicolás. Esta vida no te prueba. Además, es muy insano permanecer siempre entre las tumbas...

— Tienes razón, Juana. Vámonos a nuestra habitación.

Ella se cogió del brazo de Ainsworth, cuyo malestar crecía a cada momento. A pasos lentos cruzaron el *hall* del hotel, se internaron en el ascensor y, unos segundos más tarde, el matrimonio penetraba en la habitación donde Juana tenía su dormitorio.

Al empujar la puerta, después de haber introducido el llavín en la cerradura, sobre una mesita del centro, un objeto atrajo las miradas de Juana y de Nicolás. ¡Era el ánfora descubierta, tan inoportunamente para la esposa de Ainsworth, en las excavaciones que realizaban los obreros del equipo del explorador en busca de la tumba de los príncipes!

Ella contempló la reliquia con aire de profunda indignación. Si hubiese estado sola la hubiese arrojado contra el suelo, porque a ella daba la culpa de todo lo ocurrido. A él le produjo una impresión completamente diferente. Con respeto, con santa unción, la cogió entre sus manos y la contempló durante largo rato. Juana, de pie detrás de él, contemplaba el ánfora mirando sobre la espalda de su marido.

Los ojos del egiptólogo brillaban de alegría. ¡Qué

Ainsworth golpeaba la pared con la piqueta

hermosa era el ánfora! ¡Y qué bien conservada! Diríase que no habían pasado para ella los miles y miles de años que había estado enterrada bajo la arena candente del desierto. Minuciosamente iba observando todos sus detalles de ornamentación... Juana no pudo retener un ligero temblor. ¡Era aquella ánfora lo que ahora le robaba una vez más el cariño y la ternura de su esposo, que momentos antes abrigaba de nuevo la esperanza de reconquistar nuevamente!

Poco a poco, el explorador dejó caer los brazos que sostenían la reliquia hasta dejarla de nuevo sobre la mesa. Sus ojos, embebidos por la contemplación de aquella joya inestimable, no se apartaban de ella... Y cuando, terminado su examen, se sentó sobre el diván del saloncito, todavía repitió el texto de la inscripción egipcia, primorosamente grabada en uno de los lados del ánfora :

— «La vida es breve y está hecha para el amor».

Juana, que no había cesado de observarle, repitió :

— ¡Sí, sí, eso mismo! ¡La vida para el amor!

El no contestó. Entonces, abatida, vencida, trastornada, comprendiendo que era inútil su tenacidad ante la desventura que la perseguía, Juana dejóse caer sobre el lecho y estalló en amargos sollozos...

XII

Aquella misma mañana, Nicolás partió de nuevo en dirección al campamento donde estaban instalados sus obreros. Momentos antes había tenido una nueva escena violentísima con su mujer, que le había significado su irrevocable decisión de abandonar el hotel y marcharse a Luxor, población cercana, en busca de distracción que la hiciese olvidar el abandono irritante de que era víctima...

Ainsworth apenas la contradijo. Había perdido la voluntad por completo. Era un hombre ebrio, ebrio de ciencia, y ante la cual no existía problema trascendental ni tragedia íntima que le hiciese desistir de sus intenciones. No se daba cuenta de que lo irreparable se acercaba a pasos agigantados y que sólo en su mano estaba el detenerlo. Sólo se oponía a los deseos de Juana cuando por una circunstancia

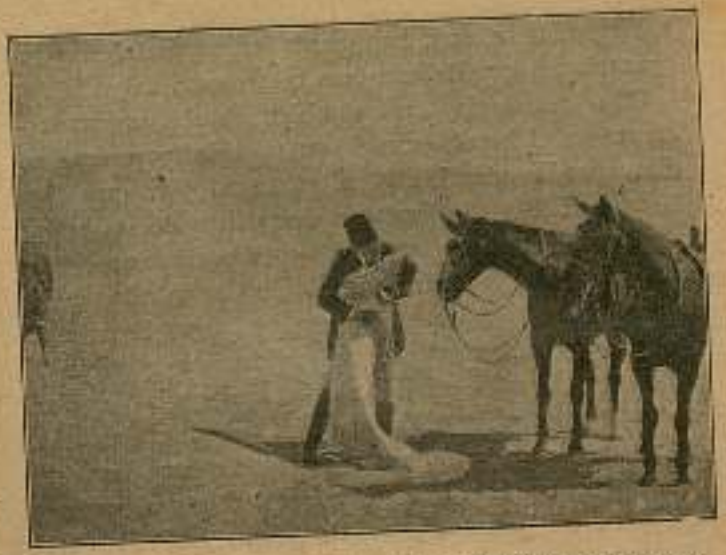
cualquiera estaba apartado de su gabinete de trabajo, del campamento o de cualquier detalle, por mínimo que fuese, que la pudiese recordar la misión que le había llevado a aquellas áridas tierras.

Juana había tomado su resolución definitiva. Una vez más intentaría olvidar, esperaría, esperaría siempre que su esposo comprendiese lo injusto, lo irreflexivo, lo disparatado de su manera de proceder. Hizo los preparativos para el viaje, llamó a las doncellas del hotel, arregló sus bagajes y, al día siguiente, partía para Luxor, no sin que ello diese lugar a los más sabrosos comentarios entre los habitantes del hotel.

Conocedores como eran todos, por las indiscreciones de los tres Romeos, de lo ocurrido en el desierto con Mohamed Bey, hecho que cada uno interpretaba caprichosamente a su manera, y no por cierto en tono favorable para ella, nadie dejó de convenir en que aquel viaje marcaba la definitiva separación entre Juana y Nicolás, y no faltó quien afirmase que ella partía hacia Luxor «en busca de aventuras»...

Fué en aquella ocasión en que se rompió, por vez primera, la hasta entonces admirable solidaridad que había unido a los tres Romeos.

No es necesario decir que habían sido los primeros en conocer la marcha de Juana y que ninguno ignoraba su nueva residencia. El mismo día fueron todos evitándose mutuamente. Por la noche,



Mohamed tomó a Juana entre sus brazos y fué a darla un beso

la casualidad les reunió a comer en la misma mesa, una mesita pequeña, situada en un rincón del *hall*. Allí se despidieron todos. La casualidad hacía que el americano hubiese recibido un cable de Nueva York en el que se le llamaba urgentemente para terminar un importante negocio. El inglés también se marchaba. Tenía que ir a la India, en donde tenía un hermano que formaba parte del mando de las tropas coloniales destacadas en Delhi. En cuanto al francés, como el problema de los cambios se agudizaba cada día más, quería ir a El Cairo y desde allí

cablegrafiar a sus banqueros encargándoles unas operaciones que dejasen sus intereses a salvo...

Otro personaje, que también estaba constantemente en el hotel, anunció su partida, pero éste no dijo a nadie adónde iba, ni cómo, ni para qué. Era Mohamed Bey. Se limitó a despedirse de las bellas muchachas que con su hermosura ponían una nota atractiva en las fiestas y en los tes, a saludar a sus amigos de la colonia europea, y pagar la cuenta. Después, acompañado de su misterioso hombre de confianza, medio criado, medio camarada, levantó el vuelo sin que nadie supiese en qué dirección.

En realidad, y aunque aparentemente con los mismos fines, iban todos al mismo sitio: a Luxor, y en busca de Juana Ainsworth. Ahora, que si los tres Romeos se pirraban por ella, a Mohamed, a pesar de sus galanteos y de sus halagos para con la esposa del explorador, ésta le tenía completamente sin cuidado. Hombre fanático y enamorado de su raza, despreciaba secretamente a todo ser nacido en el extranjero, y toda la comedia que representaba cerca de la bella americana no iba conducida sino a un objeto: lograr, de grado o por fuerza, que su marido continuase aquellas exploraciones, que para él representaban el más infame de los sacrilegios.

Júzguese, pues, la sorpresa que experimentaron nuestros cuatro personajes, cuando al día siguiente se encontraron todos en Luxor, y en el mismo hotel donde había sentado Juana sus reales desde hacía

unas horas. Al príncipe, la presencia de aquellos tres amartelados individuos no le causó la menor preocupación. Además, era hombre a quien le gustaba ir solo y sin que se viese forzado a hablar con nadie. Temperamento poco comunicativo, tampoco abundaba la gente que tuviese interés en frecuentar su trato. Pero, en cambio a los tres Romeos, su nueva reunión les produjo estupor. Y como comprendieron que más les valía ir juntos que dispersos, se dieron mutuamente mil cómicas explicaciones y acordaron reanudar la interrumpida alianza.

Pero, esta vez, de poco les iba a servir. El magnate egipcio les había tomado la delantera.

XIII

Juana Ainsworth, un poco fatigada del viaje se había levantado hacía poco rato y terminaba de vestirse cuando una de las doncellas del hotel llamó a su puerta.

— Señora — le dijo. — Su Alteza el Príncipe Mohamed Bey acaba de llegar y me dice que tendría una gran satisfacción en saludar a usted.

Aunque agradecida como le estaba por su provechosa intervención la noche en que fué secuestrada por los beduínos, Juana sentía por el magnate egipcio una innata repulsión. Le juzgaba, y no sin motivo, hombre peligroso, falaz, tortuoso como el reptil que aguarda en el cruce de un camino el paso de un caminante. No obstante, le parecía poco correcto negarse a hablar con él.

— Dígale al príncipe — contestó a la doncella — que dentro de unos momentos saldré de mi habitación para ir al comedor y desayunarme, y que en-

tonces tendré un verdadero placer en estrechar su mano.

Mohamed Bey recibió el recado con la satisfacción que puede suponerse. En cambio, aunque nada sabían, los tres Romeos arrugaron el entrecejo. Supusieron fundadamente que el aviso que la doncella les daba provenía de Juana. La antipatía que el triunvirato de tenorios experimentaba hacia el príncipe, se confirmó una vez más con aquel detalle.

Fiel a su promesa, Juana se presentó en el comedor al cabo de pocos minutos. Estaba incomparable. Saludó de paso a sus tres pretendientes y corrió hacia la mesa que ocupaba el príncipe.

— ¡Caramba, y qué casualidad! — le dijo. — ¿Quién había de figurarse que viniese usted también a Luxor?

— Cualquiera que supiera la respetuosa admiración que siento por usted, Juana...

— ¡Oh! Usted siempre tan galante...

— Y usted siempre tan bonita...

Juana se inclinó, halagada por las palabras del príncipe.

— Usted siempre tan bonita, y su marido siempre tan distraído con sus exploraciones, ¿verdad? — añadió éste. — ¡Y siempre tan celoso para con su mujer, a quien tiene completamente abandonada!

— Qué quiere usted — dijo la esposa de Ainsworth. — A él le gusta tanto estudiar las cosas faraónicas...

— ¡Habiendo tantas cosas bonitas para estudiar!— replicó Mohamed Bey, con visible intención. — En realidad, su esposo de usted es imperdonable, y no lo digo por los mojicones que nos dimos la otra noche, porque bien poca cosa valen cuando tienen por motivo una mujer de su categoría...

— Créame que sentí muchísimo...

— ¡Oh! No vale la pena... No crea usted que guarde por ello el menor rencor a su marido... Si yo fuese casado y la tuviese por esposa, sería tan celoso como él... Aviso por si algún día queda usted viuda...

La joven se echó a reir.

— ¿Y qué le ha traído a usted por aquí, Juana, si no es indiscreción?

— Nada... El deseo de pasar unos días alejada de las excavaciones... Distraerme un poco...

— ¿A usted no le gusta la egiptología?

— Ni poco ni mucho.

— Celebro que coincidamos en todo, Juana. Pienso pasar unos días aquí, y me será muy agradable acompañarla a usted, si en ello no ve inconveniente...

— ¡Oh! De ninguna manera... ¿Qué inconveniente voy a ver, tratándose de un hombre como lo es usted, respetuoso, correctísimo, perfecto hombre de mundo?

— Es usted muy amable para conmigo, Juana...

— Le hago justicia, y ello siempre es agradable para una mujer.

Los tres Romeos no dejaban de la vista a la pareja y hasta ellos llegaban, aunque entrecortadas, algunas de sus palabras.

— ¡Ahora es cuando nuestra unión se hace más necesaria! — dijo el americano.

— ¡Sí! — repuso el inglés. — ¡Para tomar un automóvil juntos y volvernos a nuestra casa! ¡Si son tres pasajeros, hacen el diez por ciento de rebaja!

XIV

La jornada debía ser pródiga en sorpresas. Por la tarde, a la hora del te, Juana se presentó en el salón revestida de sus mejores galas. Su belleza deslumbradora había llamado la atención de todos desde el primer momento, y su aparición causó verdadera sensación. Pero mayor fué todavía el asombro que experimentaron sus nuevos admiradores — sin contar con los tres Romeos — cuando la vieron ponerse en pie, a una cortés indicación de Mohamed Bey, y ponerse a bailar con él...

Porque el príncipe egipcio dominaba a maravilla el difícil arte de Terpsícore y era cosa de verle describir con los pies las más caprichosas figuras sobre el tapiz cuando sus manos huesosas enlazaban el talle de alguna bella elegante. No por exótica que

pareciera resultaba menos interesante Juana bailando con Mohamed Bey... Todo el mundo les seguía con la vista...

Y, en aquel momento, mientras los negros del jazz armaban una algarabía infernal con sus extraños instrumentos, una nueva pareja irrumpió en la sala: era Nicolás Ainsworth que iba seguido... ¡de su risible secretaria!

Al ver a su mujer danzando con el egipcio, el explorador no se inmutó; sentóse con la muchacha ante una mesa, pidió dos refrescos, y apenas hubo apurado el primer sorbo, se puso en pie e invitó con la mirada a su pareja a unirse a los que bailaban...

La joven, a quien hacía mucho tiempo que nadie había dirigido el menor galanteo, pues su ridículo aspecto convidaba bien poco a ello, aceptó llena de alegría y, entregando su talle al brazo de Nicolás, empezó a bailar...

Juana, al reconocerle, no pudo contener una carcajada. La secretaria de su marido bailaba casi tan mal como un oso polar, y el pobre Ainsworth sudaba tinta para salir un poco airoso de su difícil cometido. Cesó la orquesta y, entonces, Nicolás, abandonando a su pareja, fué hacia la mesa que ocupaban Juana y Mohamed Bey y, sin tomarse siquiera la molestia de saludar a éste, se sentó.

— ¡Caramba, Juana! — exclamó con tono sarcástico. — ¡Veo que no te aburres en mi ausencia! ¡Y luego te quejas de mi alejamiento!

— ¡Qué le vamos a hacer! — repuso ésta. — ¡Como veo que tú también encuentras pareja para bailar!

La ocurrencia no hizo perder la calma al egiptólogo.

Sí... Baila bastante mal, pero, en fin, uno no puede encontrar en veinticuatro horas una profesora de tango por estas tierras...

Hablaba llanamente, sin rencor ninguno. El príncipe, temiendo que se repitiera la escena del desierto y le tocara recibir la peor parte, se había eclipsado discretamente, saludando antes a Juana con una leve y cortés inclinación de cabeza.

¿Y qué has venido a hacer aquí? — se decidió, por fin, a interrogar a Juana.

— Nada... Enterarme si te aburría el clima, y si tus tres Romeos, como un triunvirato de canes fieles, te había seguido como de costumbre. Mas veo que no sólo se han confirmado mis previsiones, sino que a ellos se ha unido otro, que no es el tercero, sino el cuarto en discordia...

— ¿Te refieres al príncipe?

— Exactamente. A ese buen príncipe que, según veo, no me guarda rencor, o siente miedo, a consecuencia de los puñetazos que le administré meticulosamente la otra noche. En fin, Juana : he celebrado mucho ver que sigues igual, que aquí te distraes y gozas de la admiración de todos los presentes y que no has cambiado en un ápice tus costumbres. En

vista de ello, me vuelvo al campamento en donde pienso continuar mis trabajos, que van por el mejor camino. ¡Buenas tardes!

Dióle la mano, besó ceremoniosamente la suya, como si no hubiese sido sino un admirador más, y, cogiendo de nuevo el brazo de su secretaria, que se pavoneaba ridículamente por el «éxito» obtenido, se retiró del salón de baile.

XV

Mohamed Bey quedaba nuevamente dueño de la situación, y no era hombre que desaprovechase las oportunidades que se le presentaban para la realización de sus siniestros planes.

Hasta que terminó el baile y llegó la hora de cenar no abandonó a Juana, que seguía complaciéndose con la compañía del influyente personaje. Cuando se despidió de ella, en sus labios se dibujaba una sonrisa de triunfo: acababa de obtener de la esposa de Ainsworth la promesa de que al día siguiente le iría a visitar a la suntuosa casa que Mohamed poseía en la misma ciudad de Luxor.

Cumplió ella su palabra. Después de comer, un automóvil llevóla a la morada del egipcio. Este, como buen hombre mundano, había cuidadosamente dispuesto los preparativos. Una botella de

¡Calla, Nicolás! — dijo Juana — ¡No tienes compasión de mí!

viejo Oporto, pasteles, dulces, te, confituras... Juana mostróse encantada al observar el delicado refinamiento de aquel hombre que bajo su semisalvaje apariencia, no tenía nada que envidiar a los más civilizados americanos.

Hablaron largamente, sobre temas frívolos e intrascendentales. Juana estaba bien lejos de sospechar lo que se avecinaba. Cuando más enfrascados estaban en su conversación, llamaron discretamente a la puerta. Era el criado de confianza de Mohamed,

Éste, al verle, se levantó y fué hacia la entrada de la habitación.

— Está todo dispuesto, príncipe — dijo el servidor del magnate egipcio. — Esta noche, según mis cálculos, penetrará el americano en la tumba y la carga de dinamita que he colocado a la entrada, accionada por mí, hará explosión, enterrándole bajo las ruinas...

Mohamed hizo un imperceptible gesto, como recomendando discreción al que hablaba.

— ¿Estás seguro?

— ¡Segurísimo!

— ¿Las reliquias están todas fuera?

— No ha quedado nada importante. Todo lo que me llevé se halla en lugar seguro, oculto a toda mirada indiscreta.

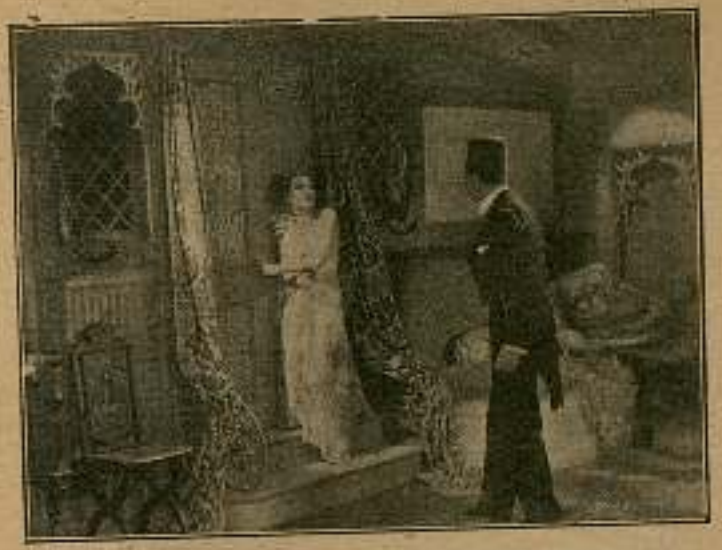
— Perfectamente. Puedes retirarte.

Juana había escuchado, horrorizada, las palabras de Mohamed Bey. No le cabía ninguna duda de que se trataba de su marido, mas antes de obrar, quiso tener una seguridad definitiva.

—¿Preparáis algo contra algún explorador, príncipe?

Los ojos de Mohamed brillaron como los de un lobo que está a punto de arrojarse sobre su presa.

— Sí, Juana — repuso. — Ya sabéis el odio insaciable y el profundo desprecio que siento por los atrevidos que profanan con sus excavaciones el sagrado reposo de nuestros augustos muertos... ¡Y esta noche voy a hacer un escarmiento!



— No intentéis huir, Juana... — dijo el príncipe

¿Y quién será la víctima?

¡Vuestro esposo, Juana! ¡Vuestro esposo que no vaciló, en guisa a agradecimiento por haberos salvado el honor y la vida, en abofetearme como lo hubiese hecho con el último de los plebeyos que tiene alquilados en su campamento! ¡Vuestro esposo que no quiso creer en la maldición de los dioses, pero que creerá, aunque tarde, en la maldición de un hombre!

— ¿Y vos seréis capaz de cometer semejante villanía, sabiendo lo que quiero a mi marido? — preguntó, angustiadísima, la mujer de Ainsworth.

— ¡Bah! ¿Qué importa que vos le queráis? ¡Además, las mujeres de este siglo fementido y corrupto olvidan pronto! Una vez haya pasado el luto, os volveréis a casar y no guardaréis del hombre que va a morir esta noche más que un leve recuerdo...

Juana se puso en pie, para ganar la puerta. Pero el terrible personaje le había tomado la delantera.

— No intentéis huir, Juana — dijo friamente. — La puerta está cerrada con llave y yo guardo ésta en el bolsillo. Por lo demás, aunque esta vez consiguierais salvar a vuestro esposo, sería inútil... Si no le pudiera matar hoy, le mataría mañana... Los hombres de nuestra raza no perdonamos...

¡Príncipe, por Dios! ¡Nicolás es un hombre equivocado, pero no es un malvado! ¡No merece el castigo que queréis imponerle!

Por toda respuesta, Mohamed abrió la puerta, pero no dejando el paso libre ni un instante. Salió, y dando vuelta de nuevo a la cerradura, dejó a Juana encerrada, mientras se encaminaba hacia la tumba de los príncipes, dispuesto a ejecutar la terrible venganza que había proyectado...

XVI

Loca, horrorizada por la tremenda tragedia que se avecinaba, Juana logró, tras no pocos esfuerzos, evadirse de la morada del fanático Mohamed Bey. En el hotel alquiló un caballo, cabalgando en el cual se dirigió a todo galope, en dirección al campamento donde las brigadas de su marido proseguían, con ahínco cada vez mayor, a realizar los trabajos de excavación que debían conducirles al definitivo descubrimiento de la tumba de los príncipes.

Horas de mortal angustia pasó Juana durante aquel loco cabalgar a través del cálido desierto. ¿Llegaría a tiempo para impedir que se consumase el horrendo crimen que el rencoroso magnate tenía preparado?

Por fin, como una débil pincelada en el desnudo horizonte arenoso, aparecieron las blancas tiendas de campaña bajo las que se cobijaba todo aquel pequeño mundo explorador. Excitó Juana a su caballo, a fin de llegar más pronto...

Los obreros la acogieron con gritos de júbilo. ¡Precisamente, hacía un momento que se había podido dar con la entrada de la famosa tumba en la que Ainsworth, como un general vencedor que cruza la poterna de un castillo conquistado, acababa de penetrar.

Juana no vaciló. Aunque arriesgando para ello su vida, internóse en la tumba y, con acento desesperado, gritó:

¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Huyamos! ¡El príncipe Mohamed tiene colocada una carga de dinamita en el interior de la tumba y va a hacerla estallar de un momento a otro! ¡Sálvate, Nicolás, por Dios! ¡Huye en seguida!

Mas el egiptólogo no le hizo caso. Antes al contrario, siguió con mayor ahinco dando con la piqueta contra una pared... Entonces, resuelta a morir a su lado, Juana se dejó caer en el suelo, sollozando con desesperado acento...

* * *

Al otro lado de la tumba, Mohamed Bey y su infame acólito activaban los preparativos de su venganza. El criado del príncipe tenía el cartucho bien colocado, para que sus efectos causaran la muerte de Ainsworth y de cuantos se encontrasen en el sepulcro de los príncipes... El egipcio sonreía con una sonrisa infernal cada vez que su cómplice le decía:

— ¿Estará bien así?

Pasaron unos minutos. Todo estaba dispuesto. Por la puerta secreta, cuya existencia sólo los dos tenebrosos personajes conocían, contemplaron a Nicolás, que seguía trabajando...

— ¡Ahora! — ordenó Mohamed. — ¡Quiero quedarme aquí cerca, contemplar la destrucción definitiva de la tumba, y saber que bajo sus ruinas ha quedado enterrado el miserable que se ha atrevido a violar su sagrado reposo! ¡Dispara el percutor!

En la inmensidad del desierto sonó un golpe seco... Pasaron unos segundos... Una formidable explosión sacudió las entrañas de la tierra... Levantóse una verdadera montaña de tierra y de cascote que ennegreció el cielo como una nube siniestra...

— ¡Así, así! — repetía el fanático egipcio. — ¡Así! ¡Que no quede nada, que se destruya todo, que no se pueda encontrar ni rastro de ese impío! ¡Así! ¡Que se hunda la tierra antes que consentir que se profanen las reliquias de nuestros Faraones! ¡Así! ¡Oh! ¿Pero, qué es ésto? ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡So...!

No pudo terminar. La explosión, cuya fuerza habían calculado mal, había levantado centenares

Ainsworth se dejó caer abatido sobre un asiento... Juana se sentó a su lado

de toneladas de cascote, y ahora, como una implacable lluvia de proyectiles, caía sobre el miserable, que huía a todo correr de sus piernas... Pero cuanto más corría, más sus pies se hundían en la tierra removida por la dinamita hasta que su cuerpo quedó semienterrado entre la arena, sobre la que se fueron amontonando poco a poco las piedras que caían como una granizada... Víctima de su maldad, el rencoroso Mohamed Bey había quedado enterrado y sin vida, entre las ruinas de la tumba.

Cuando, al cabo de pocos días, los exploradores le encontraron, deformado su cuerpo y horriblemente machacados sus huesos por la tremenda presión de los miles de toneladas de piedra y arenas procedentes de la explosión, la cara de Mohamed conservaba todavía un gesto de odio feroz, como si éste no hubiese querido extinguirse al escaparse del cuerpo del miserable el último hálito de su vida...

XVII

La explosión había dejado sepultados dentro de la tumba a Nicolás y a su mujer, sin la menor esperanza de salvación. A Ainsworth, conocedor de la enorme masa pétrea que cubría la entrada de la tumba, no le cabía ninguna duda de la suerte que le estaba reservada. Abatido, se dejó caer sobre un tosco asiento... Su esposa se sentó a su lado.

— ¡Moriremos! — dijo a la heroica mujer. — ¡Pero yo exhalaré mi último suspiro alegre y contenta, porque moriré junto a ti, que era mi único anhelo, después de la forzada separación a que me he visto condenada!

— Perdóname, Juana — imploró Nicolás. — Estaba loco, y justo es que lo pague con la vida. ¡Pero tú no, tú no! ¡Yo no tengo derecho a haberte enterrado aquí en vida, joven, lozana y fresca como eres! ¡Yo

Nicolás seguía permaneciendo de pie ante su mujer...

no tengo derecho a matarte, y Dios para mí no puede tener compasión!

Se había puesto en pie, frenético, buscando en vano una manera de salvarse. Todo era inútil... Las velas que había encendido se iban apagando una a una, faltas de oxígeno, y una angustia horrible le atenaceaba los pulmones...

Juana, tendida sobre el diván prehistórico que habían descubierto en la tumba, le contemplaba con la mirada serena, inmutable, con esa mirada serena que tienen las mujeres en sus últimos mo-

mentos cuando saben que han cumplido con su deber... Nicolás, que seguía permaneciendo en pie ante ella, desesperado, loco de rabia, se retorcía las manos... Por fin, cayó de hinojos ante Juana, pidiéndole perdón...

— ¡Tu amor sólo puede redimirte, Nicolás! — dijo ella atrayéndole hacia ella — ¡Porque el amor es la única verdad de este mundo que vamos a abandonar!

Y aquella mujer que sentía morir su cuerpo joven y animoso, enlazó su cuerpo al del hombre al que idolatraba, y sus labios se unieron en un beso supremo, sobrehumano, el beso de una mujer que abandonaba la vida abrazada a su esposo, del que nunca hubiera querido separarse...

Un leve rumor les arrancó de su agonía.

Crujían las maderas, derrumbábanse los muros, se oían nuevos desprendimientos, pero, a través de las rocas destrozadas por la dinamita, penetraban el aire y la luz a raudales como una riente promesa de liberación.

Los tres Romeos, que habían visto a Juana cabalgar desesperada en dirección al campamento de exploradores, habían temido por ella, y al saber que la explosión, cuya causa desconocían, había enterrado a ella y su marido, habían unido sus esfuerzos al del equipo de obreros al servicio de Ainsworth, y, tras no pocos trabajos, habían logrado descombrar la entrada de la tumba y poner en

salvo aquellas dos vidas a punto de extinguirse...

.....

Ocho días después, repuestos de las heridas recibidas en el fondo del sepulcro de Aziru y de la princesa Herath, el matrimonio Ainsworth emprendía el camino de Suez, en donde uno de los magníficos transatlánticos que hacen el trayecto de Bombay a Londres les condujo a la capital inglesa, para embarcarse de nuevo con destino a Nueva York.

Ainsworth no ha vuelto a acordarse del tenebroso Egipto, cuyo solo nombre constituye para él la más trágica de las evocaciones. De todas las reliquias recogidas durante el curso de las arriesgadas exploraciones que estuvieron a punto de costarle la vida a él y a su mujer, no conserva más que una. Es el ánfora de oro, sobre la que el Faraón hiciera estampar la inscripción que contiene la única verdad humana: «La vida es breve y está hecha para el amor».

BIBLIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

YO SOY COMO LA MANZANA
por Clovis Eimeric

AMOR QUE NO MUERE
Traducción por Ricardo Prieto

¿ DÓNDE HALLAR UN NOVIO ?
por Clovis Eimeric

LA VENGANZA DEL AMOR
por Antonio Guardiola

EL HEROICO DON JUAN
por Clovis Eimeric

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Paulina Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri
DESOLACIÓN por George O' Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munson.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.
EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por A. Nox y L. Langlais
CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque
EL PRIMER AÑO por, Catalina Perry.
CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.

PRECIO DE CADA TOMO: 60 CÉNTIMOS

Biblioteca Ilusión

Publicación semanal

La colección cinematográfica más barata y bien presentada

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall.
YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason.
EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen.
EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes.
EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes.
MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert.
PRÉSTEME SU MARIDO, por Doris Kenyon y David Powell
CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines.
LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por Shirley Mason.
LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie.
AMAPOLA, por María Nerina y «Pitusín».
EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie.
A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes.
RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge.
EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por Dorothy Mac Kaill
POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones.
LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
LA PUNTUALIDAD DE RICARDITO, por R. Talmadge
ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
¿CASADOS? por Owen Moore

Precio: 25 céntimos

Biblioteca Ilustración

DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

35 céntimos ejemplar | Precio de suscripción: 4 pesetas trimestre

PIEZAS PUBLICADAS

1. PERICON RANCHERO. (Pericón)
2. ESCLAVA FIEL. (Jota)
3. PÍCARA MOLINILLA. (Pasodoble)
4. PERDONAME. (Tango)
5. ¡POR UNA MADRE! (Pasodoble)
6. S. M. LA REVISTA. (Fox-trot)
7. FUMANDO ESPERO. (Tango)
8. EL PICO DE LA PACA. (Pasodoble)
9. MI ÚLTIMO RECUERDO. (Tango)
10. BOMBONES Y CARAMELOS (Marcha)
11. OYE, MARIANO: ¿Te gusta el chotis?
12. CORTA, CORTA. (Pasodoble)
13. GOLONDRINA QUE NO VUELVE.
14. EL MENSAJERO. (One-step)
15. EL COCO. (Rumba)
16. SONREIR. (Fox-trot)
17. El raid del "PLUS ULTRA". (M. E.)
18. EL PAÑUELO CHILENO. (Cueca)
19. MADRUGA CARTAGENERA
20. LA LECCION DEL BESO. (Syncopa)
21. ¡¡ SOLA !! (Tango)
22. FLOR O MUJER. (Vals-serenata)
23. NISÍ. (Polca)
24. LAS MUÑECAS DEL PLATA. (Pericón)
25. MORENINHA. (Fado)
26. EL ÚLTIMO FOX. (Fox-trot)
27. POR ALGO SERÁ. (Marcha)
28. ¡TÚ VENDRÁS! (Tango)
29. Su Excelencia EL CHARLESTON
30. GITANERIAS. (Aires andaluces)
31. LA MUJER MANDA. (Jimmy-blues)
32. VIEJO MIO. ¿QUÉ TENÉS? (Tango)

Facsimil de las portadas de esta coleccion
cuyo tamaño es de 32 x 24 ½ cms.